

Jesuitas salvadoreños

Luis de Sebastián. Barcelona , 18 de noviembre de 1989.

Han pasado ya más de 24 horas desde que recibimos la noticia del horrendo asesinato de 6 jesuitas de El Salvador. Durante este lapso se ha dicho y escrito casi todo sobre las personas, las circunstancias, los hechos mismos y sus consecuencias. Apenas hemos tenido tiempo de reflexionar. Pero se impone hacer unas consideraciones más reposadas sobre el hecho. Estas son las mías.

Desde el punto de vista religioso, el asesinato de Ignacio y sus compañeros fue un martirio. Desde el punto de vista político ha sido la voladura de un puente y la apertura del abismo de la guerra total. Desde el punto de vista social es una venganza, largo tiempo aplazada, de unos cuantos poderosos que nunca pudieron soportar la denuncia moral de estos sacerdotes.

Estamos ante un martirio. Los italianos, que dominan la terminología eclesiástica, no han dudado. *“La República”*, de Roma, en primera plana, escribía el viernes: *“Martirio en El Salvador”*. Martirio es una palabra que viene del griego y significa testigo o testimonio. Muere mártir quien muere por dar testimonio de una fe, de una convicción, de un gran amor. Aquí estamos hablando, claro está, de mártir en el sentido estricto de nuestra cultura cristiana. Ellos han sellado con su sangre el testimonio de fe operante en la justicia, que alimentaron incansablemente hasta ayer mismo.

Habrán algunos, en el ala más extrema de la Iglesia, que dirán: “Estos curas murieron porque se metieron en política”. Lo cual implica que, de alguna manera, se han acarreado una muerte, si no merecida -esto sería muy fuerte-, sí, por lo menos, derivada de meterse en lo que no les toca como sacerdotes. Esta es una afirmación sectaria, de católicos fanáticos y pusilánimes que, sintiéndose incapaces de heroicidad alguna, se sienten afrenta-

dos por la generosidad y valentía de los cristianos. Yo, que conocí bien a Ignacio y a sus compañeros, doy testimonio de que estaban donde tenían que estar como sacerdotes que viven en una sociedad cruelmente injusta y estructuralmente violenta. Así lo creían también el General de los jesuitas y el Arzobispo de la diócesis. Lo que a timoratos e hipócritas sonaba a “politización” no era más que la manifestación, en la vida social, de su opción fundamental por los pobres.

Trabajaban, además, en la Universidad. Que ellos concebían como comprometida, es verdad, pero sin salirse de su especificidad universitaria. Daban clase, investigaban sobre la realidad nacional y publicaban libros pero no organizaban manifestaciones, ni dirigían mitines, ni agitaban a las masas. Murieron, en definitiva, por amor y entrega a un pueblo que habían adoptado como suyo porque en ese pueblo se les había manifestado el Dios Padre que hace a todos hermanos. Su muerte rompe el puente entre gobierno y guerrilla que ellos habían tendido sobre los pilares de la autoridad que les daban su objetividad y finura en los análisis, su trabajo sobre la realidad nacional y su incorruptibilidad moral. Los jesuitas de la UCA eran los máximos cooperadores, no los sujetos agentes, del diálogo y de la negociación para acabar con la guerra que tanto hace sufrir al pueblo. Su participación en el proceso de diálogo se dió a muchos niveles, y casi todos colaboraban de alguna manera aunque, ciertamente, Ellacuría era quien llevaba la parte mayor. Sin Ignacio y sus compañeros, los contactos y el diálogo entre el gobierno y guerrilla serán, a partir de ahora, más difíciles y la paz estará unos pasos más lejos.

El puente lo han roto los que quieren el abismo de la “guerra total”, término con el que, en El Salvador, se conoce al permiso para matar a toda la

población civil que de alguna forma colabora y sustenta a la guerrilla. Algo de lo que está haciendo la aviación del general Bustillo con los barrios populares de Zacamil, Mexicanos, Soyapango, Ayutuxtepeque y San Jacinto. Son los “duros” de la oligarquía y del ejército, que piensan que la guerra no se gana porque alguien les obliga a respetar los derechos humanos de la población no combatiente, aunque claramente disidente. Estos “durós”, que cada día ganan más poder (a los que Ignacio llamaba los “militaristas” y los “escuadronistas” de Arena), rechazan el diálogo y optan por la guerra hasta el fin. Suelen decir que si en 1932 hubo que fusilar 30.000 campesinos para asegurar la paz durante casi medio siglo, ahora habrá que liquidar por lo menos a 100.000 para gozar otro período de paz. En la medida en que domina la facción más dura del Ejército, el apoyo del gobierno de los Estados Unidos -que entrena, arma y teledirige a este Ejército- será más inmoral y tendrá una más importante responsabilidad en los crímenes que comete.

Finalmente, este múltiple sacrilegio es la venganza de aquellos sectores de la burguesía salvado-

reña que, hace años, esperaban la oportunidad para aplastar a los jesuitas de la UCA, y a la UCA misma, por el trabajo sistemático y técnico de denuncia que habían realizado. La UCA había denunciado, ilustrándolas con estadísticas y modelos, las condiciones de explotación y de miseria de la mayoría campesina del país. Había denunciado los manejos socio-políticos de unos gobiernos que resistían tenazmente la modernización y humanización del capitalismo feudal imperante. Y había denunciado la falta de justificación filosófica y moral de las flagrantes diferencias entre los pocos ricos y las mayorías pobres, en la posesión y disfrute de la riqueza nacional. De aquí el odio por la teología de la liberación, que les quitó a aquellos sectores todo argumento teológico para justificar estas diferencias.

Odio, venganza, extremismo político, impotencia intelectual, violencia salvaje. Todos estos elementos se juntaron en un escuadrón de militares salvadoreños una madrugada de noviembre para poner fin a la razón, generosidad y amor de un grupo de intelectuales jesuitas nacidos en España.